



CHAPULTEPEC.

EL cerro y bosque de Chapultepec se halla á ménos de una legua al S. O. de la capital, y es lugar notable por sus manantiales de excelente agua, que abastecen una parte de la ciudad; por su cerro aislado, desde cuya cima se goza una magnífica vista de todo el valle de México, y por los enormes y venerables sabinos que se encuentran en el bosque, al rededor del cerro. Es tambien célebre en las historias de los indios, por la larga mansion que hicieron allí á su llegada al valle. Fortificaron desde luego el cerro con muchas albarradas de piedra, las cuales á trechos iban subiendo unas tras otras, á manera de escalones anchos, de un estado de ancho, los cuales en la cumbre venían á hacer un espacioso patio donde todos se recogieron

y fortalecieron.» Fué prudente medida, porque no tardaron en atacarlos allí sus enemigos. Parece que estas albarradas ó escalones se conservaron hasta despues de la conquista, y que los emperadores aztecas los habían llenado de tierra, convirtiéndolos en jardines, por no tener ya objeto como obras de fortificacion. A lo ménos, se habla de una cosa análoga en la descripcion que hace Cervantes Salazar en sus *Diálogos*. Sin duda con el tiempo, las cercas, que serían de piedra seca, se fueron derrumbando, y las aguas arrastraron piedras y tierra al pié del cerro; el caso es que hoy no queda rastro de semejante obra.

Establecidos despues los mexicanos en las lagunas y fundada la ciudad de México, quedó Chapultepec como lugar de recreacion de los emperadores, quienes tenían allí una casa ó palacio al pié del cerro, y probablemente inmediata á la alberca. En lo alto del cerro había un pequeño adoratorio de ídolos, y los indios cuidaron siempre con esmero aquel bosque, teniéndole por cosa sagrada.

Moctezuma I, viendo cercano el término de sus dias, quiso dejar de sí una memoria perpetua, mandando esculpir su efigie y la de su hermano ó tio Tlacaelel, en una de las rocas del cerro que ven al Oriente, y en

efecto fueron ejecutadas ambas en brevísimó tiempo. El emperador Ahuitzotl dispuso lo mismo, y segun Gama, tambien se esculpió la de Axayacatl, y aun las de otros reyes de México. Unas de estas figuras fueron destruidas á principios del siglo XVII, otra se conservó hasta el principio del XVIII, y la de Moctezuma desapareció por los años de 1753 ó 54.

Hecha la conquista, se puso en Chapultepec un pequeño destacamento de Tlaxcaltecas que custodiasen el punto; y Chapultepec sirvió desde luego, como hasta el dia, para lugar de paseo y desahogo de las familias de México, que suelen ir á almorzar ó merendar al bosque. En 5 de Junio de 1528, el cabildo dió licencia á Juan Diaz del Real, para que pudiera «vender allí á los que fueran á holgar, pan é vino é otros mantenimientos.» Los virreyes, siguiendo el ejemplo de los emperadores mexicanos, eligieron á Chapultepec para sitio de recreo: se edificó una casa en el mismo lugar que ocupaba el antiguo palacio, con su corredor á la alberca, y el adoratorio del cerro se convirtió en una ermita dedicada á San Francisco Javier.

D. Luis de Velasco dedicó el bosque al emperador Carlos V. El mismo virrey puso allí dos perros lebreles que trajo de Es-

pañá el señor Arzobispo Montúfar, y se multiplicaron de tal modo que se extendió la raza por todo el vireinato. Puso tambien dos soldados que cuidasen de los lebreles; pero uno de ellos amaneció ahorcado en uno de los árboles más corpulentos, y creyéndose que había sido asesinado por su compañero, fué este reducido á prision. Ya había comenzado á sufrir el tormento, cuando se encontró una carta del difunto en que constaba que se había suicidado por desdenes á una señora *Francisca Padilla*, con lo cual el presunto reo fué puesto en libertad (1).

Veinte años despues se destinó el antiguo palacio para una fábrica de pólvora, bajo la dirección del perito Estéban Pruneda. Esta fábrica, que había sufrido ya varios incendios, se voló el 19 de Noviembre de 1784, con pérdida de cuarenta y siete vidas.

La casa del bosque se reedificó en tiempo del virrey duque de Alburquerque. Durante el gobierno del Marqués de Croix estaba inhabitable, y creyéndose poder reedificarla con el costo de doce mil pesos, se hizo presente á la Corte, y efectivamente el

(1) *Calendario de Galvan para 1838*. Hay en él una curiosa noticia de Chapultepec, formada, segun se dice, por Don Ignacio Cuvás, Director del Archivo General, en vista de los documentos del mismo. Bien merecía una reimpression íntegra en algun volúmen de más duracion que un Calendario.

rey mandó que supuesto el costo referido, se procediese á la obra. Esta real orden vino cuando ya gobernaba el Sr. Bucareli, quien viendo lo deteriorado que estaba el edificio, y considerando sería mucho mayor el costo de repararle, determinó con prudencia que se suspendiera, y así quedó hasta la época del virrey D. Matías de Galvez. Este propuso de nuevo al rey la restauracion de todo, para lo cual contribuía el Consulado con veinte mil pesos, en el supuesto de que allí se verificaría en lo sucesivo el recibimiento y entrega del baston á los virreyes, y no en San Cristóbal Ecatepec, como estaba mandado. El rey consintió en la reedificacion, aceptando el auxilio del Consulado y señalando para cubrir el resto del costo algunos arbitrios que resultaron impracticables; pero negó la peticion de que se verificase allí la entrega del baston á los virreyes. Con tal motivo el Consulado manifestó no estar en el caso de cumplir lo ofrecido, puesto que se veía precisado á emplear el dinero en construir una casa en San Cristóbal, para dicha ceremonia. Entonces el virrey, que lo era ya D. Bernardo de Galvez, tomó la arriesgada resolución de prescindir de la reparacion del palacio antiguo, y levantar uno de nuevo en la cima del cerro, tomando al efecto, en calidad de suplemento, los fondos de las cajas reales:

determinación que le acarreó muchos disgustos en la corte, donde llegó á sospecharse de su fidelidad, por la disposición que se dió al edificio, semejante á la de una fortaleza. La obra duró muchos años, y quedó sin concluir casi hasta nuestros días.

Después de la independencia continuaron las obras en Chapultepec. Se formó al pié del cerro un jardín botánico (1826) y se agregó al palacio un observatorio astronómico; pero ni jardín ni observatorio llegaron nunca á su conclusion. Por fin se estableció en el palacio el Colegio Militar, destino que tuvo por muchos años, y que aún tenía cuando el ejército americano le bombardeó y tomó por asalto el 13 de Septiembre de 1847.

Años adelante, Chapultepec fué la residencia favorita del emperador Maximiliano, quien gastó sumas considerbles en restaurar y embellecer palacio y bosque, habiendo hecho, entre otras muchas cosas, una nueva subida á la cima del cerro. A la caída de este infortunado príncipe, desaparecieron las obras de embellecimiento del bosque; y los presidentes de la República, que como todos sus predecesores, tienen por lugar de recreo á Chapultepec, continúan disfrutando del palacio.

Es imposible hablar de Chapultepec, sin mencionar el famoso suceso de la loba que

en el año de 1824 se introdujo al bosque, sin saberse de dónde vino. El guarda la descubrió al pié de la subida al palacio, y corrió tras ella al oír los gritos de su familia. Al llegar se le presentó el horrible espectáculo de las víctimas de la fiera. Le disparó un tiro, que por desgracia no le acertó, y la loba se arrojó sobre él. Entablóse una lucha cuerpo á cuerpo: la loba parada sobre los piés traseros, acometía al rostro, y el hombre por defenderle, presentaba los brazos, en que recibió terribles heridas. Hubiera succumbido, si una hermana suya no se le hubiera acercado á darle una navaja, con la que al fin consiguió degollar á la loba. En el acto ó á resultas de las heridas, fueron víctimas de aquella tragedia una anciana de setenta años, un hombre de treinta y seis, una jóven de veintiseis, y tres niños de once, seis y cinco años. El guardabosque Ignacio Gonzalez sobrevivió á sus heridas, despues de haberse visto á orillas del sepulcro. Alguna vez le oimos referir esta historia, cuando ya anciano y enfermo, cuidaba todavía del bosque, y agregaba, que aunque todos llenaban de elogios *al impávido guardabosque*, por su arrojo, nadie se movió á darle un socorro para su curacion, si no fuera *unos ingleses* que estuvieron á visitarle, le hicieron referir el suceso, y le dejaron un auxilio de veinticinco pesos.